

# LAS PROVINCIAS

## Dos estocadas formidables de Ferrera

Trepidante victorinada, cinqueña y nada sencilla, en la que Antonio Ferrera salió a hombros, Luis Bolívar estuvo importante y López Chaves se mostró valeroso

03.03.08 -  
BARQUERITO  
CASTELLÓN

castellón. octava de feria

ganadería: Seis toros de Victorino Martín. Corrida cinqueña, de muy buena presentación, cuajada. De muy variada condición. El mejor, el primero. El de más genio, el cuarto. Manejables pero complicados todos los demás.

antonio ferrera: de carmín y oro, una oreja en cada toro.

lópez chaves: de frambuesa y oro, saludos tras aviso y silencio.

luis bolívar: de vainilla y oro, saludos y vuelta.

incidencias: Primavera. Casi lleno.

Cinqueño fue, como toda la corrida, el primer victorino. Ancho y bajo, arremangado de cuernos, gruesas mazorcas, blancas palas. Ágil, de muchos pies. Con más movilidad y elasticidad que ningún otro. Iba a ser el mejor de la corrida. Aunque por la mano derecha pareciera de partida toro resabiado. Tal vez problema de mal manejo. Estuvo centrado, seguro y sereno con el toro Antonio Ferrera. En el recibo, lances bien volados rematados con media muy garbosa. Sólo una vara, cobrada con fijeza. Tres pares de banderillas, dos al salto, muy aparatosos y reunidos, y uno con llegada de eslalom a embroque. El tajo todo de la faena fue de buena autoridad y seguro dominio. En muestra de gobierno, Ferrera, la muleta puesta por delante, acabó rematando por la mano derecha. Ya era otro toro entonces. Un pinchazo y una soberbia estocada. La mejor de la feria.

El picante de la emoción fue nota constante de la corrida entera. La variada y nada sencilla personalidad de los seis victorinos. Cada uno de una manera. No sólo Ferrera con la segura y redonda faena de apertura. Los tres de terna dieron la talla. A Chaves le costó algo más con un quinto espectacularmente bello. Cárdeno, largo, tocado y engatillado, un toro atleta de sólo 485 kilos y cumplido trapío.

Sólo esa batalla del quinto de corrida tuvo por vencedor a los puntos al toro. De todas las demás salieron airosos los matadores. El propio Ferrera, en su segundo turno, con un toro descarado y bizco que intentó saltar al callejón tres o cuatro veces. Turno para poner la electricidad del genio a mil por hora: la entrega de Ferrera, la sensación de mascarse la cogida, la resolución de una faena sin pausas ni esconderse, de esgrima y péndulos, de tú o yo y va a ser que yo. Y fue Ferrera casi por cao. Al segundo intento, una colosal estocada sin puntilla. Un pitonazo en el chaleco. Antes de rodar, muerte muy turbulenta del toro entre

estertores y sacudidas, unos y otras propios de su genio.

También Chaves pudo con el segundo, inmenso monstruo sin cuello, rizada testuz y escarbador. Pero tuvo un fondo fino y hasta noble. Hubo que buscarlo y sudando tinta, arriesgando de verdad, tragando paquete. De eso se encargó con entereza Chaves, que se puso sin temblar en el único sitio posible. Y, entonces, engancho por delante provocó a pulso en viajes largos por abajo. Un pinchazo, media, un aviso, dos descabellos. Se quedó sin oreja el trabajo, tan denso.

Luis Bolívar apareció muy distinguidamente. Cambiado. Para bien y mejor. Descolgado de hombros, templado con naturalidad. Una larga cambiada para abrir boca y para recordar la punta tremenda del Bolívar de hace un año. Y la misma suerte para saludar al sexto. Pero cuando tocó sacar los brazos y asentarse con el capote, salió un nuevo Bolívar, distinto, retemplado, ambicioso. Paciente para esperar y desengañar al tercero. Una armada faena. Dos pinchazos, una entera sin puntilla. General reconocimiento. Que vino a ser doble después. Con un sexto toro greñudo y cabezón. Y Bolívar le dio la coba precisa, sólo que el palco dejó sin oreja un trabajo tan lindo. No importa. El torero está.